

Carlo Collodi

Pipeto, el Monito
Rosado



E LEJANDRIA

Carlo Collodi
Pipeto, el Monito
Rosado



E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

PIPETO, EL MONITO ROSADO

CARLO COLLODI

PUBLICADO: 1883

FUENTE: [HTTPS://IT.WIKISOURCE.ORG](https://it.wikisource.org)

TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

EDICIÓN ORIGINAL: FIRENZE, R. BEMPORAD FIGLIO, 1901

PIPETO, EL MONITO ROSADO

I

POR QUÉ A PIPETO LE DIERON EL APODO DE «MONITO COLOR DE ROSA»

En el archifamoso bosque de Búscamesiencuentras, había una vez una pequeña familia compuesta por siete monos: el padre, la madre y cinco monitos de no más de un palmo de altura.

Esta familita vivía entre las ramas de un árbol gigantesco, en medio de un bosque, y pagaba quince ciruelas al año de alquiler a un viejo gorila prepotente que se había metido en la cabeza ser el dueño de la casa.

De los cinco monitos, cuatro tenían el pelaje de un color oscuro como el chocolate; pero el quinto, es decir, el más pequeño de todos, ya fuera por capricho de la naturaleza o por lo que fuera, el caso es que estaba recubierto entero, salvo el hociquito, por un finísimo lanilla de color carmesí rosado, como las hojas de la rosa de

mayo. Y es por esa razón que en casa y fuera de ella todos le llamaban en broma con el apodo de Pipeto, palabra que en la lengua hablada de los monos quiere decir precisamente color de rosa.

Pipeto no se parecía en nada ni a sus hermanos ni a los demás monitos del vecindario.

Tenía un hociquito vivo e inteligente; un par de ojillos pícaros que no paraban quietos ni un momento; una boquita que siempre reía, y una figurita ágil y flexible como un tallo de junco. Era, en suma, como suele decirse, un monito hecho y pintado.

Viéndole así a primera vista, casi podía confundírsele con un niño de ocho o nueve años, por la sencilla razón de que Pipeto hacía travesuras y jugaba como un niño; corría detrás de las mariposas y buscaba nidos como los niños; era muy goloso de las frutas verdes, como los niños; comía de todo y comía siempre, como los niños; y después de haber comido bien, se limpiaba la boca con las manos, como hacen los niños, y en particular los niños poco limpios.

Pero la mayor pasión de Pipeto, ¿sabéis cuál era?

Era la de remedar todo lo que veía hacer a los hombres.

Un día, entre otros, mientras andaba por el bosque cazando cigarras y grillos, vio a poca distancia a un mozalbete sentado al pie de un árbol que estaba tranquilamente fumando su pipa.

A esa vista, Pipeto abrió los ojos de par en par y se quedó como embelesado.

—¡Oh! —se decía para sus adentros—. ¡Si pudiera tener yo también una pipa!... ¡Oh, si pudiera yo también echarme por la boca esas bonitas nubes de humo! ¡Oh, si pudiera volver a casa fumando como una chimenea encendida! ¡Quién sabe con qué ojos de envidia me mirarían mis cuatro hermanos!

Mientras al monito le rondaban por la cabeza estas bellísimas ideas, el mozalbete, en parte por el cansancio y en parte por el calor sofocante del día, lanzó dos sonoros bostezos, y dejando su pipa sobre la hierba, se quedó dormido.

¿Qué hizo entonces ese tunante de Pipeto?

Se acercó muy despacito, de puntillas, al mozalbete que dormía; y conteniendo incluso la respiración, alargó muy poco a poco una patita, agarró con una velocidad increíble la pipa que estaba sobre la hierba, y luego, ¡a correr como el viento!

Nada más llegar a casa, llamó enseguida, muy contento, al padre, la madre y los hermanos; y ante ellos, poniéndose aquella pipota entre los labios, comenzó a fumar con el mismo garbo y la misma soltura con que lo habría hecho un viejo marinero.

La madre y los hermanos, al verle echar por la boca aquellas nubes de humo, reían como locos; pero su padre, que era un monón lleno de juicio y de experiencia del mundo, le dijo en tono de saludable aviso:

—¡Ten cuidado, Pipeto! A fuerza de remedar a los hombres, un día u otro acabarás convirtiéndote en hombre tú también... ¡y entonces! ¡Entonces te arrepentirás amargamente, pero será demasiado tarde!

Inquieto por estas palabras, Pipeto arrojó la pipa de su boca y no volvió a fumar.

Y sin embargo, hay que reconocer que aquella pipa robada le trajo mala suerte.

En efecto, pocos días después, ¡Pipeto sufrió un terrible infortunio! El desdichado perdió para siempre su hermosísima cola: una cola tan bella que bastaba haberla visto una vez para no poder olvidarla jamás.

¿Cómo fue que Pipeto perdió su magnífica cola?

Es una historia cruel y dolorosa, que hace saltar las lágrimas solo de pensarlo; y os la contaré en el capítulo siguiente.

II

CÓMO FUE QUE PIPETO PERDIÓ SU HERMOSÍSIMA COLA

Hay que saber, pues, que nada más salir de aquel bosque donde vivían Pipeto y su familita, se encontraba enseguida un gran lago habitado por un viejo cocodrilo que contaba ya cerca de dos mil años de vida.

Arabà-Babbà (así se llamaba el viejo cocodrilo), que se había quedado ciego a causa de la vejez decrepita y ya no podía ganarse un mendrugo de pan con el sudor de su frente, estaba condenado a pasarse el día entero, de la mañana a la noche, pegado a la orilla del lago, con la cabeza fuera del agua y con la boca siempre abierta de par en par, esperando que todos los que pasaban por allí, hombres o bestias que fueran, movidos a compasión, le echaran a la boca algo masticable para no morirse de hambre y poder tirar adelante al menos otro millar de años.

Y todos los transeúntes, hombres o bestias que fueran, hay que decirlo, nunca dejaban de hacer un poco de limosna al pobre viejo.

También Pipeto le socorría con frecuencia; pero ese pícaro, a menudo y de buena gana, en lugar de darle una fruta o un pececillo muerto, se divertía en meterle en la boca ya un puñado de

piedrecillas, ya un hatillo de ramas y ortigas, ya un clavo o un garfio oxidado encontrados por casualidad en el camino.

Pero el viejo cocodrilo no se enojaba por esas bromas groseras. ¡Al contrario!

Escupía tranquilamente las piedrecillas, los palos, las ortigas y los clavos, y solo meneaba levemente la cabeza, como para decir:

—¡Ten cuidado, granuja! Una de estas veces las pagas todas de golpe...

Un día Pipeto, casi irritado de ver que sus bromas no hacían ni frío ni calor, le preguntó al cocodrilo, poniéndose en plan de ingenuo e inocente:

—Decidme, Arabà: en todos los años que lleváis en el mundo, ¿habéis encontrado alguna vez impertinentes que os hayan gastado alguna broma o alguna mala pasada?

—¡Si he encontrado, monito mío! En el mundo, para tu gobierno, hay más impertinentes que moscas.

—Decidme, Arabà: y cuando los granujas os gastan alguna broma, ¿vos nunca os resentís?

—¡Hijo mío! En tantos años de vida he aprendido que la mayor virtud de los viejos es la de saber aguantar a los jóvenes con paciencia y resignación.

—¿Conque, en todos los años que lleváis en el mundo, no os habéis enojado nunca, nunca, nunca?

El cocodrilo, antes de responder, reflexionó un momento, y luego dijo:

—Una sola vez. ¿Y sabes quién fue el que me hizo perder los estribos? Fue un monito, poco más o menos, de tu edad...

—¿Y qué os hizo ese monito? —preguntó Pipeto con vivísima curiosidad.

—Ese granujilla, no sé cómo, había averiguado que yo era muy sensible a las cosquillas en la punta de la nariz. ¿Y qué inventó entonces para darme la lata? Subió a uno de estos árboles que rodean el lago y, bajando de rama en rama, llegó con la punta de su cola a hacerme el cosquilleo en la nariz. ¡Imagínate tú! Me entró tal convulsión de risa que estuve riendo y dando saltos en el agua durante una semana entera. ¡Creía que iba a morirme!

—¡De veras!... ¡Pobre Arabà!... —dijo Pipeto con falsa compasión.

Y luego se marchó corriendo; y a cuantos monos y monitos encontraba por el camino, les repetía a todos riendo estas palabras:

—¿Queréis divertirlos? ¿Queréis ver bailar al viejo Arabà? Venid mañana por la mañana al lago, y yo os haré presenciar este hermosísimo espectáculo.

A la mañana siguiente, como podéis imaginaros, había en la orilla del lago una multitud inmensa.

Todos esperaban ver a Arabà bailar el trescone.

Y entonces Pipeto, que había subido a un árbol que se asomaba sobre el agua, comenzó a bajar de rama en rama y, colgándose en el aire, se alargó y extendió tanto que llegó a tocar con la punta de su cola la nariz del cocodrilo.

Pero el cocodrilo, en cuanto sintió la cola de Pipeto, cerró la boca, y ¡zas!..., con un simple mordisco dado a tiempo, se la cortó de raíz desde el primer nudillo.

El monito lanzó un grito agudísimo de dolor; y tirándose desde el árbol, echó a correr hacia el bosque.

Al llegar cerca de casa, os dejo imaginar cómo se quedó cuando, llevándose una mano por detrás, advirtió que su cola ya no estaba.

La cola se había quedado en la boca del cocodrilo, que a esas horas ya la había digerido de sobra.

Preso de la desesperación y avergonzado de que le vieran su familia en ese lamentable estado de monito sin cola, Pipeto se metió

por un sendero solitario, caminando como un loco hasta bien entrada la noche, sin saber él mismo adónde iba a parar.

Por fin, sin poder más del cansancio y el sueño, se tumbó sobre un montoncillo de ramas secas para descansar un poco.

Y estando así en ese duermevela, oyó en sus oídos una voz amenazadora que le gritó imperiosamente:

—¡Devuélveme mi pipa!...

El monito, despertándose todo asustado, quiso huir; pero no pudo: porque en un abrir y cerrar de ojos se encontró atrapado, encerrado en un saco y cargado sobre el lomo de una bestia con cuatro patas que se puso a correr a todo galope.

—¿Qué bestia será la que me lleva con tanta furia? —pensaba el monito temblando de miedo—. Si acaso es un león, estoy perdido... Si por desgracia es un tigre, ¡peor todavía!... Si es una hiena o un leopardo, no hay salvación para mí... ¡Ay de mí, desdichado! ¿Qué bestia será la que me lleva con tanta furia?...

Por fortuna, la bestia empezó a rebuznar... y entonces Pipeto sintió ensancharse el corazón de alivio.

¡Aquel rebuzno fue el único consuelo que tuvo el pobre Pipeto durante su misterioso viaje, encerrado en un saco!

III

PIPETO CAE A UN GRAN RÍO Y LO RESCATAN

Después de haber caminado tres días y tres noches sin tomarse un minuto de descanso, por fin la bestia que llevaba a la grupa el saco con el monito dentro se detuvo de golpe, y dando una sacudida de grupas, descargó el saco en medio de un solitario campo.

Y la sacudida fue tan brusca y violenta que el saco, al caer al suelo, siguió rodando sobre la hierba durante medio kilómetro. Figuraos cuántas vueltas de campana tuvo que dar, a oscuras, el pobre monito.

Pero el momento más terrible para él llegó cuando intentó romper el saco para salir.

Usó las uñitas, y no consiguió nada; usó los dientes, y nada. Agotado entonces por el esfuerzo y el hambre, empezó a llorar como un niño.

—¿Quién es el que llora? —preguntó un ratón gordo que pasaba por casualidad por allí.

—¡Soy yo!... isoy un pobre monito que me muero de ham...!

Pero no pudo terminar la palabra, porque se la cortó a la mitad un larguísimo y sonoro bostezo que se le escapó de la boca.

—Sal fuera y comerás.

—Fácil es decir sal fuera; pero ¿quieres entender que no puedo salir?

—¿Por qué?

—Porque no consigo romper el saco.

—Déjame hacer a mí. El saco lo romperé yo.

Dicho y hecho, el ratón se tendió a lo largo sobre la hierba y empezó a roer con toda la fuerza que tenía en los dientes.

Pero el saco no cedía, porque era más duro que el cuero.

—¿Cuánto tiempo te hará falta para agujerearlo? —preguntó el monito.

—El saco resiste; pero en cuatro o cinco meses espero haberlo agujereado.

—¿Cinco meses? —chilló desde dentro el pobre Pipeto—. ¡Después de cinco meses no encontrarás en el saco más que mis huesos y mis uñas!...

Y se puso a llorar con más fuerza que nunca.

—¿Quién es el que llora? —preguntó un ternero que pastaba cerca.

—Es un desdichado monito que no puede salir de dentro de ese saco —respondió el ratón.

—¿Por qué no puede salir?

—Porque el saco es tan duro que no hay manera de romperlo.

—Déjame a mí, que con una cornada lo abriré como si fuera de hojas de lechuga.

Y el ternero, sin más palabras, se echó hacia atrás; y tomando carrerilla, fue a embestir de cabeza con tremenda cornada el saco.

—¡Ay, que me matan!... —gritó desde dentro el pobre Pipeto, y no dijo más.

Entretanto el saco, con aquel desconsiderado golpe, se puso a rodar de nuevo por el suelo como una vejiga llena de aire; y el ratón y el ternero a correr tras él para detenerlo; y el saco venga a rodar, cada vez más deprisa... y el ratón y el ternero a perseguirlo a saltos y con la lengua fuera.

Y después de correr un día entero, cuando ya estaban a punto de alcanzarlo, el saco dio otros dos tumbos y abajo... cayó a un río tan profundo y tan ancho que no se veían las orillas de un lado al otro.

A la mañana siguiente, unos pescadores llamaron a la puerta de un hermoso palacio, y al criado que salía a abrir le preguntaron con urgencia:

—¿Ha bajado ya el señorito Alfredo?

—El señorito —respondió el portero— está en el salón de la planta baja tomando café con leche.

—Avisadle de que esta mañana al alba hemos pescado en el río el famoso saco...

—¿Y qué es ese saco?

—Es el que el señorito lleva varios días esperando.

Apenas el portero transmitió el recado, volvió en un instante a la puerta y dijo a los pescadores:

—Pasen enseguida.

Los pescadores entraron con el saco al hombro, y llegados a la presencia del señor, lo depositaron con cuidado en el suelo.

—¡Abridlo! —dijo el joven Alfredo.

—Es imposible, señor. Lo hemos intentado con escoplos, con hachas y con barrenas, pero el saco es más duro que la piedra.

—Tomad este alfiler y agujerearlo.

Y al decir esto, el joven Alfredo se sacó del pañuelo del cuello un alfiler de oro rematado por una gran perla, sobre la cual (icosa

singularísima!) se veía pintada la cabeza de una hermosa niña con el pelo azul.

Los pescadores tomaron el alfiler en la mano, y mirándose entre sí estupefactos, parecían querer decir: «¿Cómo es posible que con este alfilerito de oro se pueda agujerear un saco que ha resistido a las barrenas y los escoplos?»

—¡Agujeread ese saco de una vez! —repitió Alfredo con voz de mando.

Los pescadores, por obediencia, se agacharon e intentaron introducir la punta del alfiler; e imaginaos cuál fue su asombro cuando advirtieron que el alfiler entraba con tanta facilidad como si el saco fuera de polenta o de nata montada.

Apenas lo agujerearon levemente, el saco se abrió en dos partes y dejó ver a un pobre monito maltrecho que apenas daba las últimas señales de vida.

Alfredo cogió al monito en brazos y le mojó la boca con un poco de leche tibia.

Poco a poco Pipeto fue reanimándose y abrió la boca. Entonces Alfredo le puso en la boca una bolita de azúcar y una tostada con mantequilla.

Pipeto se tragó la tostada y el azúcar sin llegar siquiera a masticarlos.

Luego abrió los ojos y los clavó en los ojos de aquel simpático mozalbete que tanto cuidado y tanta atención le prodigaba; y casi parecía querer darle las gracias.

Por fin, cuando a base de leche, tostadas y bolitas de azúcar Pipeto hubo recobrado todas sus fuerzas, saltó al suelo, y poniéndose de pie sobre las patas de atrás, comenzó a cubrir de besos la mano de su pequeño bienhechor.

Los pescadores, gente toda de muy buen corazón, emocionados ante esa escena, se les saltaban las lágrimas y se enjugaban los

ojos; pero el señorito Alfredo les dijo:

—Id a vuestras cosas y cerrad la puerta del salón: tengo grandísimo deseo de hablar a solas con este monito.

IV

PIPETO SE HACE AMIGO DEL JOVEN ALFREDO

Cuando Alfredo y Pipeto se encontraron solos, empezaron a mirarse el uno al otro sin decir palabra y sin hacer el menor gesto.

Y se miraron un buen rato.

Al fin Alfredo, sin poder aguantar la seriedad, soltó una gran carcajada; y el monito hizo lo propio.

Y rieron los dos a mandíbula batiente, sin saber por qué, como ríen los niños un poco tontuelos cuando les entra el ataque de risa. Una vez desahogados, Alfredo le preguntó al monito:

—¿Cómo te llamas?

—Pipeto.

—¿Y tu apellido?

El monito se quedó pensando un momento; y luego, rascándose la cabeza de prisa, respondió:

—Pipeto sin apellido.

—¿Cuántos años tienes?

—Soy el más pequeño de mis hermanos.

—¿Y tus hermanos qué edad tienen?

—Son más jóvenes que el padre y la madre.

—¡Ya lo entiendo todo! —dijo el mozalbete riendo. Luego le preguntó:

—¿Y la cola dónde la has dejado?

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes?

—¡Se me habrá caído por el camino! ¡Soy tan despistado!...

—¡Vamos! ¿Te parece posible que un monito pueda perder la cola por el camino?

—Entonces querrá decir que me la habré dejado en casa. Salí con tanta prisa que no tuve tiempo de ver si llevaba conmigo todo lo necesario.

—Dime, Pipeto: ¿dices mentiras alguna vez?

—Alguna vez... sobre todo cuando me avergüenza decir la verdad...

—Eso no te honra: las mentiras no deben decirse nunca.

—No las diré más.

—Cuéntame entonces la verdad. ¿Cómo perdiste la cola?

Pipeto, en lugar de responder, se puso a frotarse los ojos, y luego dijo llorando:

—Me... la... han... ¡comido!...

—¿Y quién te la ha comido?

—Arabà-Babbà, un caimanazo que se comería hasta el fuego...

—¿Y cómo fue que te la comió?

—Yo quería gastarle una broma... y él se la tomó en serio.

—¡Pobre Pipeto!

—¡Y qué cola tan bonita! Una cola, créame usted, señor... ¿Cómo se llama usted?

—Alfredo.

—¿Y el apellido?

—Alfredo sin apellido.

—Créame, señor Alfredo sin apellido, una cola que daba envidia solo de verla. Esa cola era todo mi patrimonio.

—¿Y por qué huiste de casa?

—No huí... me metieron en un saco y me llevaron.

—¿Y ahora qué piensas hacer?

—Algo haré. Yo me acomodo a todo.

—¿Por ejemplo?

—Me conformo con poco. A mí me basta con comer, beber e ir de paseo. No pido nada más.

—¡Qué modesto eres! Pero ¿quién te dará de comer?

—Confío en usted.

—¿Por qué no? Estoy dispuesto a darte de comer; con la condición, eso sí, de que sepas ganártelo. ¿Estás acostumbrado a trabajar?

—Si he de decir la verdad, en lugar de trabajar, me divierte mucho más ver trabajar a los demás.

—¿Quieres ocupar el puesto de mi criado?

—¡Faltaría más! —respondió Pipeto, restregándose juntas las dos patitas delanteras de puro contento.

—Dentro de pocos días —prosiguió el joven Alfredo— partiré a hacer un largo viaje. Durante ese viaje, ¿quieres ser mi criado, mi compañero de aventuras?

—¡Faltaría más!

—De desayuno te daré cada mañana cinco peras, cinco albaricoques y un buen pedazo de pan fresco; ¿te gusta el pan fresco?

—¡Faltaría más!

—A mediodía comerás en mi mesa, y te harán traer un plato de melocotones, ciruelas y albaricoques; ¿te gustan los albaricoques?

—¡Faltaría más!

—De cena comerás ocho nueces y cuatro brevas: ¿te gustan las brevas?

—¡Faltaría más!

—Cada vez que hagas alguna tontería o alguna travesura, entonces con esta fustita te daré una caricia en las piernas; ¿te gustan las caricias con fusta?

—Me gustan más las brevas —musitó Pipeto rascándose la cabeza con las dos patas a la vez.

—¿Aceptas mis condiciones? —preguntó Alfredo.

—Lo acepto todo, excepto esas caricias...

—También las caricias con fusta; si no, ¡lárgate!...

—Pero las caricias me las dará despacito... sin hacerme daño... ¿verdad?

—Te las daré según tus méritos. ¿Qué dices?...

—Pues desde este momento soy su criado, su secretario y su compañero de viaje.

Entonces Alfredo se acercó a la mesa y tocó una campanilla de plata.

A aquella llamada se presentó el criado de siempre en la puerta.

—Que pase enseguida el sastre con el canasto de toda la ropa.

El criado salió; y a los dos minutos entró el sastre con el canasto.

—Vestid a ese monito con la librea de mi criado —dijo Alfredo.

El sastre, sin hacerse de rogar, sacó del canasto dos zapatitos escotados de piel lustrosa, con un bonito lazo de seda por delante, y se los calzó a Pipeto.

Luego le puso unos calzoncillos rojos con lazada en la rodilla; y desde la rodilla hacia abajo le abrochó un par de pequeñas polainas color de aceituna pasada.

Luego le enrolló al cuello un pañuelo blanco, almidonado y planchado a modo de corbata; le ayudó a ponerse una chaquetilla interior de paño amarillo y una levita de faldones, de paño negro, que le sentaba que era un primor; y por último le colocó en la cabeza un sombrero de copa con su bonita escarapela a un lado, como llevan todos los criados de los grandes señores.

Cuando Pipeto estuvo vestido de los pies a la cabeza, Alfredo le dijo:

—Venga, bien, acércate aquí y ve a mirarte en aquel espejo.

El monito se puso en marcha con paso firme y suelto; pero como no estaba acostumbrado a llevar zapatos, dio un magnífico resbalón y cayó cuan largo era.

¡Figuraos las carcajadas de Alfredo y del sastre!

El pobre Pipeto hacía todo lo posible por levantarse, pero no lo conseguía. Con esfuerzos inauditos intentaba apoyar los pies en el suelo, pero los pies se escurrían sobre los baldosines encerados; y al instante era otro porrazo en el suelo.

Por fin se levantó; y tocándose la nariz, que estaba toda arañada, le dijo llorando al señorito:

—Yo... con zapatos no sé caminar... Quiero ir descalzo.

—Ánimo —dijo Alfredo—, con un poco de paciencia te acostumbrarás también a los zapatos. En este mundo uno se acostumbra a todo.

—Pero es que me hacen mucho daño.

—¡Paciencia! En este mundo uno se acostumbra también a sufrir, decía mi padre. Vamos, vamos: ven a mirarte al espejo.

El monito se puso en marcha por segunda vez; pero caminaba con tiento, a pasitos de hormiga, muy despacito, como si caminara sobre huevos.

Al llegar ante el espejo, apenas le echó una primera ojeada de pasada; y echándose hacia atrás asustado, se puso a gritar desesperadamente:

—¡Qué feo estoy!... ¡Ay, pobrecita madre mía, cómo han estropeado a tu monito!... ¡Ya no soy yo!... ¡Ya no soy Pipeto!... ¡Me han vestido de hombre... y me he convertido en un monstruo que da miedo! No quiero seguir aquí: quiero irme... quiero volver a mi casa. No quiero más estos trapajes; ¡no, no, no!...

Y gritando y revolcándose por el suelo, se quitó los zapatos y los arrojó a la chimenea; tiró el sombrero a la cara del sastre; se arrancó el pañuelo blanco del cuello; y dando un gran salto, salió por la ventana y echó a correr por los campos.

¡Pobre Pipeto! Corría y corría; pero todavía no había dado cien pasos cuando sintió que le agarraban por los calzoncillos por detrás, y se encontró levantado del suelo, en la boca de un enorme perro de Terranova.

ACTUALIZACIONES AL GLOSARIO:

Personajes: Pipeto → Pipeto (se mantiene); Alfredo → Alfredo;
Arabà-Babbà → Arabà-Babbà.

Tratamientos: Pipeto → Alfredo: usted (relación de servicio, Pipeto es el criado). Alfredo → Pipeto: tú (trato de señorito a sirviente). Pipeto → Arabà: usted (tono burlesco respetuoso que encaja con la ironía cómica del original).

Términos recurrentes: scimmiottino → «monito» (preferido a «simio» o «mico», más natural en el registro infantil-afectuoso); cameriere → «criado» (más castizo que «camarero» en contexto doméstico); fustino → «fustita» (diminutivo conservado); fichi dottati → «brevas» (higo tardío en castellano; la forma más próxima y natural); trescone → «trescone» no se traduce ya que es un baile folclórico italiano sin equivalente exacto; en contexto resulta transparente como baile animado.

Nombre del bosque: Vattel'a pesca (expresión italiana equivalente a «búscalos donde quieras», imposible de encontrar) → «Búscamesiencuentras» (calco funcional que reproduce el tono cómico-absurdo del original).

NOTAS DE ESTILO: Collodi emplea una narración directa y cómplice con el lector, con frecuentes interpelaciones («¿sabéis cuál era?», «figuraos»). Se mantiene el tuteo al lector implícito en vosotros (registro narrativo infantil clásico castellano). La expresión *Si figuri* repetida de Pipeto se ha traducido uniformemente como «¡Faltaría más!», que recoge tanto el entusiasmo exagerado como el tono levemente servil del monito.

V

PIPETO LE PROMETE A SU AMIGO ALFREDO QUE LE ACOMPAÑARÁ EN UN LARGO VIAJE, PERO PROMETE SIN CREERSE OBLIGADO A CUMPLIR

El perro de Terranova era uno de esos perros entrometidos, inteligentes, cariñosos, que se encariñan con el amo como el amigo con el amigo.

No le faltaba más que el habla para ser casi una persona. De apodo le llamaban Tizón, por su pelaje negro azabache como el hollín de una chimenea.

Cuando Alfredo se dio cuenta de que Pipeto intentaba escapar, silbó a Tizón; y Tizón, de cuatro saltos, alcanzó al monito, y tomándole, como ya se ha dicho, por los calzoncillos por detrás, se lo devolvió tal cual a casa del amo.

—¿Por qué querías escapar? —le preguntó Alfredo en tono de reproche.

—Porque... porque...

—¡Vamos, vamos! Responde con franqueza.

—Porque yo quiero volver a hacer de monito junto con mi padre, mi madre y mis hermanos, y no quiero disfrazarme de hombre.

—¿Y entonces por qué, hace un momento, aceptaste ser mi compañero de viaje?

—Porque creía que era una cosa... y resulta que es otra.

—¿Conque quieres irte de verdad?

—Ahora mismo... Pero hágame el favor de no mandarme detrás a ese maldito perro negro, porque si no, Tizón, a los cinco minutos, me devuelve en volandas a esta habitación.

—No tengas miedo. Tizón sin mi orden no se mueve de aquí. ¿Y a qué distancia está tu casa?

—A muchísimos, pero muchísimos kilómetros.

—¿Y antes de ponerte en camino no sientes necesidad de comer algo?

A decir verdad, el monito no tenía ni pizca de hambre; pero tentado por su gran glotonería, respondió bajando los ojos y fingiendo avergonzarse:

—¡Un bocadito me comería de buena gana!

Alfredo tocó la campanilla de plata, y el criado puso sobre la mesa una cesta rebosante de hermosísimos melocotones.

El monito no los comió, sino que los devoró en un abrir y cerrar de ojos.

Tras los melocotones, vio presentarse un canasto de cerezas tan gordas, tan maduras y tan lustrosas que hacían venir el agua a la boca con solo mirarlas.

Pipeto se las fue zampando todas, de tres y cuatro en cuatro; pero, no queriendo pasar por un monito maleducado, dejó en el canasto los huesos, las hojas y los rabitos.

Cuando se sintió lleno hasta los ojos, se levantó de la mesa, y haciendo una bonita reverencia, le dijo al señorito de la casa:

—Con su permiso, señor Alfredo: disculpe la molestia, y mil gracias por su amabilidad.

—Adiós, Pipeto. Que tengas buen viaje, y recuerdos a todos en casa.

El monito se encaminó hacia la salida; pero en ese momento vio entrar al criado con un canasto de frutas que desprendían un olorcillo capaz de resucitar a un muerto.

—¿Y esas, qué frutas son? —preguntó, dando dos pasos atrás.

—Son nísperos del Japón —respondió Alfredo—. Los había mandado preparar para tu cena de esta noche.

Pipeto se quedó un momento pensativo, y luego dijo:

—¡Paciencia! —Y haciéndose el ánimo resuelto, se encaminó de nuevo hacia la puerta.

Al llegar, sin embargo, a la puerta del salón, se detuvo unos minutos. Luego, volviéndose hacia el mozalbete, le preguntó:

—Disculpe, señor Alfredo, ¿qué hora es?

—Mediodía en punto.

—¿Mediodía?... A decir verdad, me parece un poco tarde para ponerse en camino.

—Tarde, todo lo contrario. Te quedan todavía siete horas de luz, y en siete horas se anda mucho camino.

—Tiene razón y lleva razón. Pues con su permiso, señor Alfredo, disculpe la molestia, y mil gracias por su amabilidad.

Y esta vez partió de verdad. Pero al cuarto de hora, Alfredo le vio reaparecer en el salón, todo jadeante y sofocado.

—¿Qué ocurre de nuevo? —le preguntó el mozalbete.

—Ocurre —respondió Pipeto— que este sol de todos los demonios me da una gran molestia y me deslumbra los ojos. ¿No podría, por favor, prestarme una sombrillita de tela para protegerme del sol?

—Con mucho gusto.

Alfredo llamó al criado, y el criado trajo enseguida una graciosa sombrilla pintada con grandes hojas de hermosísimos colores azules y verdes.

Pipeto tomó la sombrilla, la abrió y se puso a dar vueltas por la habitación, sin dejar de echarle larguísimas ojeadas al canasto de los nísperos japoneses.

—Amigo mío —dijo entonces Alfredo—, si tardas un poco más, te hará de noche sin darte cuenta, y tendrás que viajar a oscuras.

—Yo de día no sé caminar —respondió Pipeto—. ¿O no sería mejor que partiese esta noche después de cenar?

—Eres muy dueño de hacer lo que mejor te parezca.

Y al decir esto, Alfredo dejó aflorar en los labios una sonrisita burlona que parecía querer decir: «¡Vaya con mi goloso! Ya te he calado el flaco: déjame hacer a mí, que yo te domaré.»

Cuando llegó la hora de la cena, Pipeto sin esperar siquiera a ser invitado fue a sentarse a la mesa donde estaba sentado Alfredo; pero este, adoptando un tono serio y de amo, le dijo:

—¿Qué hacéis ahí?

—Vengo a cenar yo también.

—A las personas que se sientan a mi mesa las quiero ver vestidas decentemente. Id enseguida a poneros la chaqueta.

—Yo... con la chaqueta... no sé comer. La chaqueta no me la pongo.

—Entonces retiráos allá, al fondo del salón, y contentáos con presenciar mi cena.

Cuando Pipeto se dio cuenta de que Alfredo hablaba en serio, se puso a llorar y a berrear; y llorando y berreando salió de la habitación; pero poco después volvió.

Cuando entró de nuevo en la habitación, llevaba puesta su chaquetilla, abotonada entera, como un pequeño lord.

—Así está bien —dijo Alfredo—. Sentáos ahora y ibuen provecho!

El canasto de los nísperos fue traído a la mesa.

Inútil deciros que al cuarto de hora el canasto estaba vacío y el monito estaba lleno, hasta no poder más.

—Ahora sí que me voy de verdad —dijo levantándose de la mesa con grandísima prisa.

Pero mientras estaba maniobrandopara quitarse la chaquetilla, el criado se presentó en el salón con una magnífica bandeja de granadas.

—¡Qué olorcillo! —gritó Pipeto, olfateando y sin apartar los ojos de la bandeja de frutas—. ¿Y esas granadas para quién son?

—Eran para tu desayuno de mañana. Pero ya que tú te vas, me las comeré yo.

—Yo... me iría de buena gana, pero de noche no sé caminar. ¿O no sería mejor que partiese mañana por la mañana, después de desayunar?

—Tu cuartito ya está preparado. Buenas noches.

A la mañana siguiente, a la hora del desayuno, el monito se presentó puntualmente vestido con su chaqueta de paño negro; pero el señor Alfredo, después de examinarle de arriba abajo, le dijo con tono vivo y severo:

—¿Quién os ha enseñado a presentaros a la mesa de un caballero sin zapatos en los pies y sin pañuelo en el cuello? Id enseguida a poneros los zapatos y la corbata.

Pipeto, confuso y mortificado, se puso a rascarse la cabeza y la nariz, y lloriquando dijo:

—Ih... ih... ih... los zapatos me hacen daño... y el pañuelo me aprieta la garganta. Mejor me voy ahora mismo... quiero volver a mi casa.

—Entonces retiraos de mi presencia.

Pipeto se encaminó cabizbajo hacia la puerta del salón; pero antes de salir, se volvió para echarle una última ojeada a la bandeja de las granadas. Y se fue.

—Esta vez se ha ido de verdad —dijo Alfredo todo apesadumbrado—. Y lo siento. Le tenía cariño a ese monito. ¿Qué dirá mi buena hada cuando sepa que le he echado? Y sin embargo, fue ella quien me lo envió aquí, a casa, aconsejándome que le tomara por secretario y por compañero de viaje. Pero lo hecho hecho está, y hay que tener paciencia.

Mientras Alfredo hablaba así consigo mismo, le pareció que llamaban a la puerta del salón, y al mismo tiempo se oyó una vocecilla desde fuera que decía:

—Señor Alfredo, ¿me ha llamado usted?

—¿Quién es? —gritó el mozalbete incorporándose.

—Soy yo.

La puerta se abrió, y apareció el monito.

Llevaba puestos sus zapatitos escotados y mantenía la cabeza erguida y tiesa, porque el pañuelo del cuello, muy almidonado, le serraba terriblemente la garganta.

Ante aquella vista inesperada, es imposible imaginarse la alegría de Alfredo. Salió al encuentro de Pipeto, le abrazó, le besó, le colmó de caricias, como se las haría a un queridísimo amigo después de veinte años de ausencia. Juraron no separarse jamás y hacer juntos aquel gran viaje alrededor del mundo.

El barco en el que debían embarcarse era esperado de un día para otro.

Por fin llegó el barco.

La noche de la partida, Alfredo y Pipeto cenaron juntos, como era su costumbre. Y durante la cena hablaron de mil cosas, se contaron un sinfín de chistes, y rieron y estuvieron alegrísimos como dos niños en vísperas de las vacaciones de otoño.

Una vez levantados de la mesa, Alfredo dijo mirando el reloj:

—El barco parte a medianoche. Así que tenemos apenas una hora para echar un vistazo a los baúles y vestirnos los dos con ropa de viaje.

—En cinco minutos estoy listo —dijo Pipeto; y bailando y saltando entró en su cuartito.

Y una vez allí, se puso enseguida a quitarse la chaquetilla de paño negro para ponerse una pequeña chaqueta de tela blanca; en lugar de los zapatitos se calzó un par de botines de doble suela, y en lugar del sombrero de siempre se encasquetó un elegante gorrito de seda celeste.

Luego fue a mirarse al espejo; pero mientras estaba allí todo contento, pavoneándose y poniendo con la boca y los ojos mil muecas grotescas, oyó un pequeño ruido, como si alguien trepara desde fuera para subir hasta la ventana de su cuarto.

Al principio se llevó un gran susto; pero armándose de valor, abrió la ventana y vio... vio dos patitas que le abrazaron estrechamente por el cuello, y oyó una voz ahogada de alivio y de alegría que murmuraba tiernamente:

—¡Oh, pobre Pipeto mío!... ¡Por fin te he encontrado!

VI

PIPETO, FALTANDO A SU PROMESA, SE VA DE JUERGA

Pipeto reconoció enseguida la voz de su padre, y todo emocionado gritó:

—¿Qué hacéis aquí, padre mío, a estas horas?

—Llevo un mes buscándote por todas partes.

—¿Y mi madre, dónde está?

—¡Está allá abajo!

—¿Dónde?

—Al fondo de ese campo.

—¿Y mis hermanitos?

—También están allá abajo.

—¿Y qué hacen al fondo del campo?

—Te esperan con los brazos abiertos.

—¡Con qué gusto los volvería a ver!

—¡Pues ven a verlos!

—¡Claro que iría!... ¡Figuraos! Pero en este momento no puedo... de verdad que no puedo...

Y diciendo esto, el monito se puso a llorar a lágrima viva y a rascarse las orejas de desesperación.

—¿Y por qué no puedes? —le preguntó sollozando el viejo padre.

—Porque le he prometido a un amigo...

—¿Y qué promesa le has hecho?

—Le he prometido partir esta noche con él y acompañarle en un gran viaje que debe hacer alrededor del mundo.

—¿Y tú, por hacer compañía a un amigo, tendrás el valor de abandonar a tu pobre familia? ¡Sin ti, todos moriremos de pena!

—¡Oh! No digáis eso; si no, me pondréis en el trance de faltar a mi promesa...

—¿Y a qué hora deberías partir?

—En pocos minutos.

—Ven al menos a decirle adiós a tus hermanos, que te esperan al fondo del campo.

—¿Y si el señor Alfredo entre tanto me llamara?

—¿Quién es el señor Alfredo?

—Es el amigo.

—Si te llama..., pues que te llame.

—¿Y si el barco partiera?

—Pues que parta.

El monito, muy contento de haber encontrado una buena excusa para no cumplir su promesa, respondió meneando la cabeza:

—Sea lo que sea... De todas formas, antes de partir en este gran viaje, quiero volver a ver a mi madre y a mis hermanitos.

Dicho y hecho, subió a la ventana, y dando un gran salto, se tiró abajo.

Entonces se oyó un golpazo, como el de una gran piedra que cae en un foso lleno de agua y barro.

—¡Padre mío, ayudadme, que si no estoy muerto! —gritó Pipeto con un alarido desesperado.

¿Qué había ocurrido?

Había ocurrido que la tierra de aquel campo, a causa de las fuertes lluvias de los días anteriores, se había ablandado tanto que el monito, al caer encima, se había hundido hasta la garganta.

Por fortuna su padre llegó a tiempo de salvarle; pero cuando Pipeto salió del barrizal, ya no llevaba los botines. Los botines habían quedado enterrados un metro bajo tierra.

—¡Paciencia! —dijo riendo—. Me compraré otro par antes de subir al barco.

Y sin pararse a perder tiempo, padre e hijo tomaron un sendero por el borde del campo y echaron a correr. Pero todavía no habían dado veinte pasos cuando Pipeto sintió que le volaba por encima de la cabeza un pájaro nocturno que de un picotazo le arrebató el gorrito de viaje.

—¡Pájaro de mal agüero, devuélveme mi gorro ahora mismo! —vociferó el monito.

—¡Cucú! —respondió el pájaro, y siguió volando.

—¡Paciencia! Me compraré otro gorrito antes de subir al barco.

Y padre e hijo reanudaron la carrera; pero en el mejor momento, un espino gordo que asomaba del seto agarró con sus pinchos los calzoncillos y la chaquetilla de Pipeto y los redujo a jirones minúsculos.

—¡Ahora me quedo sin calzones y sin chaquetilla!...

—¡Paciencia! —le dijo su padre—. Te los comprarás antes de subir al barco.

—¡Ay de mí, ay de mí! —gritó el monito, fingiendo gran pesar—. De todo mi bonito traje de viaje no me ha quedado más que la camisa y el pañuelo del cuello.

Y al decir esto, hizo el ademán de buscarse la camisa, pero en lugar de la camisa se encontró encima una camisola de hojas de ortiga. Tanteó con las manos para cerciorarse de si al menos el pañuelo del cuello seguía allí, pero en lugar del pañuelo notó que se le escurría entre los dedos una culebra gorda como una anguila de mar.

VII

PIPETO EMPIEZA A ARREPENTIRSE DE HABER FALTADO A SU PROMESA

El pobre Pipeto, al tocar aquella culebra que se encontró enroscada al cuello en lugar de la corbata, fue presa de un terror indescriptible.

Habría querido gritar, pero la lengua se le había pegado al paladar; habría querido correr y huir, pero las piernas le temblaban, es decir, le colgaban hacia adelante y hacia atrás igual que las piernas de un muerto que hubiera intentado caminar.

Por fin, sin poder sostenerse más en pie, se dejó caer al suelo como un trapo, diciendo con un hilo de voz:

—¡Me muero!...

—¿Qué sientes? —le preguntó su padre, todo consternado.

—¡Un gran malestar!...

—¿Y dónde lo sientes?

—Por todo el cuerpo.

—¿Y qué mal sería ese?...

—¡El mal del miedo!...

—Un mal muy feo, hijo mío: el único mal para el que los médicos no han sabido encontrar todavía una medicina. Procura hacerte un poco de valor...

—Lo he intentado.

—¿Y ahora cómo te encuentras?

—Peor que antes.

—¿Pero cuál es la causa de todo este espanto?

—¡Una gran desgracia, padre mío, está a punto de caerme encima!

—¿Y cómo lo sabes?

—He tenido, en pocos minutos, demasiadas señales... demasiados presagios. ¿Os acordáis de mis botines nuevos que se quedaron ahogados en el barro? ¿Y la chaquetilla y los calzones hechos pedazos por ese endiablado espino? ¿Y la camisa de tela fina convertida, de repente, en hojas de ortiga? ¿Y esa horrible culebra que se me acaba de escurrir de las manos? ¡Ahí está otra vez, ahí está otra vez!... ¡Miradla!...

—¿Quién?

—La culebra...

El padre de Pipeto se volvió a mirar hacia el punto indicado, y vio en efecto en medio de la profunda oscuridad de la noche una gruesa culebra que resplandecía toda con vivísima luz roja, como si fuera una culebra de cristal con un farol de tranvía encendido en su interior.

La culebra, manteniéndose erguida, tenía sus ojos clavados en los del monito.

—¿Qué quieres de mí? —le preguntó Pipeto, armándose de un valor de león.

—Vengo a traerte los saludos del señor Alfredo —respondió la culebra.

—¡Pobre señor Alfredo!... ¿Ha partido ya para su viaje?

—Partió hace pocos minutos, y me ha contado que tú habías prometido acompañarle.

—¡Es verdad, es verdad, es verdad!... Mañana quizá parta yo también y espero poder alcanzarle en alta mar.

—¡Ojalá de verdad! De todas formas, recuerda, monito mío, que cuando se promete una cosa, ¡hay que cumplirla! ¿Has entendido?

Apenas dichas estas palabras, la culebra desapareció en la oscuridad de la noche y no se la vio más.

Entonces Pipeto, atormentado en su interior por una especie de remordimiento, estuvo casi a punto de decirle adiós a su padre y tomar el camino más corto que llevaba a la orilla del mar; pero mientras estaba allí a punto de decidirse, vio a lo lejos unas antorchas encendidas que se movían de acá para allá, y oyó una música alegre de flautas, tambores y mandolinas.

—¿Y esa música qué es? ¿Y esas luces qué son? —preguntó todo maravillado.

—¿Cómo? ¿No lo adivinas?

—No.

—¡Son tus hermanitos, que vienen a recibirte con la procesión de antorchas y a son de banda!...

—¡Qué alegría! ¡Qué bonito espectáculo! ¡Corramos, padre, corramos!...

Y los dos echaron a correr por el sendero; y Pipeto, que había recobrado en un instante la fuerza de sus piernas ágiles y esbeltas, no solo corría sino que se diría que volaba como un pájaro.

¿Y quién me da ahora las palabras adecuadas para describir la escena del primer encuentro? Creedme: fue una escena tan afectuosa y conmovedora que es imposible imaginarla sin haberla visto con los propios ojos. Baste decir que la alegría de los cuatro hermanos al volver a ver a su hermanito menor, que ya creían

perdido para siempre, fue tan tempestuosa y desmedida que se le echaron todos encima a la vez, y por poco no le sofocaron bajo un diluvio de besos, abrazos y caricias.

Una vez desahogados los afectos de su corazón, empezaron a gritar todos a coro: icuracà! icuracà! icuracà! (en el dialecto familiar de los monos, hay que saber, curacà quiere decir: ¡a cenar! ¡a cenar! ¡a cenar!). Dicho y hecho, se sentaron en el suelo alrededor de una gran cesta de melocotones, albaricoques e higos chumbos, y allí, riendo, rascándose y poniendo con la boca mil muecas y mil visajes en señal de gran regocijo, comieron a más no poder, como si llevaran dos semanas en ayunas.

Y no solo comieron, sino que bebieron alegremente; y bebieron cierto licor espirituoso hecho de uva tinta exprimida, que se parecía como dos gotas de agua a nuestro vino. Y bebieron tanto y de tan buena gana que a la media hora dormían todos y roncaban como marmotas.

Entonces, en lo más tranquilo del sueño, fueron despertados por una voz horrible que gritó: «¡Ay de quien se mueva!...»

VIII

EL TERRIBLE ASESINO GOLASECCA Y SUS COMPAÑEROS. GOLASECCA SE METE AL POBRE PIPETO EN EL BOLSILLO Y SE LO LLEVA

Os dejo imaginar cómo se quedaron cuando, saltando en pie y abriendo los ojos de par en par, se vieron rodeados por una banda de figuras siniestras, negras como la tinta y todas armadas de sables y garrotes.

—¡Pobres de nosotros, estamos listos! —gritaron los monitos.

—¿Qué listos ni qué listos? —replicó Pipeto—. Para que lo sepáis: para morirse siempre hay tiempo.

—¿Quiénes serán esos tipos ahumados? —preguntó uno.

—No hace falta pensarlo mucho: serán asesinos —respondió otro.

—¿Y qué quieren de nosotros?

—Querrán robarnos.

—¿Robarnos? —dijo Pipeto riendo—. Perdonad, queridos hermanos: ¿cuánto dinero tenéis vosotros?

—Ni un céntimo.

—Entonces el más rico de todos soy yo...

—¿Y tú cuánto tienes?

—A mí —respondió Pipeto— solo me faltan cinco céntimos para hacer una perra chica. —Luego continuó, rascándose la nariz—: ¡Vaya unos asesinos tan originales! Ninguno de ellos tiene el valor de dar un paso al frente.

Y decía la verdad.

En efecto, todos aquellos tipos siniestros, que reunidos formaban una especie de círculo, estaban allí plantados como postes, sin hacer un gesto, sin pestañear, sin gruñir media palabra.

Entonces Pipeto, avanzando al centro, dijo con toda la educación del mundo:

—Disculpen, señores asesinos: ¿tendrían la amabilidad de dejarnos pasar?

Nadie respondió; nadie dijo esta boca es mía.

—Muchas gracias por su cortesía —añadió el monito—. Deben saber que somos una pobre familia: el padre, la madre y cinco hijos, y querríamos volver a casa: ¿les parece bien a sus señorías?

Como siempre, ninguna respuesta.

—Ya entiendo: y muchas gracias por su cortesía. Vamos, padre, ¡ánimo! Ya que estos señores están conformes, pegad un buen salto, y pasando por encima de sus cabezas, id a esperarnos en el camino.

El monón dio el salto; y tras él, lo dio su esposa; luego los cuatro hijos.

—Ahora me toca a mí —dijo Pipeto, que se había quedado solo en medio del círculo formado por los asesinos; pero cuando estaba a punto de tomar carrerilla y lanzarse, todos aquellos asesinos se volvieron tan largos y tan altos que parecían otros tantos campanarios.

—¡Pipeto! ¡Pipeto! —gritaban desde fuera sus hermanos, llamándole con alaridos desesperados.

Pero el pobre monito ya no tenía aliento para responder.

—¿Qué piensas hacer? —le preguntó entonces el jefe de la banda, saliendo por fin de su obstinado silencio.

—Pienso volver a mi casa...

—Te equivocas, pobre Pipeto. Tú no volverás a casa.

—¡Paciencia! Me quedaré aquí.

—Tampoco: tú vendrás conmigo...

—¿Con usted?... Ni aunque me lo mande atado.

—Tú vendrás conmigo.

—¡Ni por cien canastos de cerezas!

—Tú vendrás conmigo.

—¡Ni muerto!

El jefe de la banda, sin añadir más palabras, se agachó, y tomando al pobre monito por el pescuezo, se lo metió en el bolsillo de su casaca. Luego abrochó el bolsillo con tres botones que parecían tres ruedas de carruaje.

—Ahora podemos irnos —dijo a sus compañeros; y todos juntos se encaminaron hacia el camino real.

Es imposible describir la desesperación, los llantos y los gritos de los hermanitos de Pipeto. Le llamaban con agudísimos chillidos; pero no tuvieron otro consuelo que ver las patitas del pobre monito asomando por el bolsillo del jefe de la banda, moviéndose con una velocidad vertiginosa, como si quisieran pedir socorro.

IX

EN LA POSADA DE LAS MOSCAS

Cuando los asesinos se hubieron alejado unos veinte kilómetros, el terrible Golasecca (tal era el apodo del jefe de la banda) se detuvo en medio de un campo y, volviéndose hacia sus compañeros, les dijo con su vozarrón ronco, que parecía el retumbar de un trueno lejano:

—Ahora podéis volver a la Cabaña Negra. Esperadme allí, y dentro de cuatro o cinco días nos veremos.

—Perdonad, maestro —le preguntó uno de aquellos tipos siniestros—, ¿habéis pensado en llevar algo de comer con vosotros?

—No he traído nada.

—¡Mal asunto! ¿Y si por el camino os entra un poco de apetito?

—¡Paciencia! Si no encuentro otra cosa, me resignaré a comerme a este monito que tengo aquí en el bolsillo.

El pobre Pipeto, al oír tales palabras, empezó de la angustia a rascarse la nariz y las orejas.

—Pero si os coméis al monito —respondió el mismo tipo siniestro de antes—, ¿qué os dirá el Hada de los cabellos turquesa?

—El Hada no podrá hacerme ningún reproche, porque le he prometido traérselo vivo o muerto. En cualquier caso, si me dan ganas de comérmelo por el camino, guardaré intacta la piel, para que el Hada pueda verla con sus propios ojos y cerciorarse así de que he cumplido lealmente sus órdenes.

—Tenéis razón, maestro. Pues buen viaje y pronto regreso.

Apenas los asesinos se despidieron de su jefe, se engancharon bajo los brazos unas grandes alas de tela encerada y, emprendiendo el vuelo, se elevaron por los aires con gran estrépito, como una bandada de cuervos asustados.

Golasecca, que había quedado solo, continuó su viaje a través de campos, ríos y espesuras, sin detenerse nunca, inunca, nunca!

Después de haber caminado dos días y dos noches, oyó salir del bolsillo de su chaqueta una vocecilla ahogada que parecía venir de bajo tierra, y que dijo con tono lloroso:

—¡Tengo hambre!... ¡Tengo tanta hambre!...

Golasecca, en lugar de responder, se acarició su larguísima barba de chivo, y doblando el paso, siguió a lo suyo.

Pero a los pocos minutos, allí estaba la misma vocecilla, suplicando:

—Señor asesino, ¿no me daría un grano de uva, o una cereza, o aunque sea medio pero no más que medio? Llevo tantos días en ayunas y siento que el estómago se me va. Créame, señor asesino, tengo un hambre tan grande que la veo incluso a oscuras...

—Si tienes hambre —respondió Golasecca riendo con una carcajada grosera y burlona—, escarba en mi bolsillo, y encontrarás tantas golosinas que te dará una indigestión.

—Llevo tres días escarbando; pero no consigo encontrar nada.

—Entonces cómete el forro del bolsillo.

—El primer forro ya me lo he comido; el segundo es demasiado duro y no consigo roerlo.

—¿De verdad te lo has comido? —rugió Golasecca, poniéndose furioso—. ¡Monito sinvergüenza! ¡Déjame llegar a la Posada de las Moscas, y no dudes que ajustaremos nuestras cuentas!...

Entre tanto había caído la noche.

¡Y qué noche tan horrible y endiablada! El cielo aparecía todo cubierto de nubarrones; relampagueaba y tronaba; los árboles del bosque, sacudidos por un viento violentísimo, se retorcían, crujían y aullaban como almas en pena.

A medianoche en punto, Golasecca llegó ante la Posada de las Moscas; pero la posada estaba cerrada.

Llamó a la puerta una vez, dos veces, tres veces; y nadie respondió.

Entonces, con todo el aliento que tenía en los pulmones, se puso a gritar:

—¡Abre, Moccolino!... ¡Abre!... ¡Soy yo!

Moccolino era el nombre del posadero; y todos le llamaban así porque, a causa de su figura fina fina, larga larga y pálida pálida, se parecía clavado a un cabo de vela de cera amarilla.

Su posada permanecía abierta solo de día. En cuanto anochecía, Moccolino, por evitarse molestias y disgustos, cerraba prudentemente la puerta, apagaba el fogón y las luces y se iba a la cama.

Y una vez metido en cama, no abría a nadie, aunque se hundiera el mundo. En el caso de que algún desdichado, extraviado de noche por el bosque, llamara a la posada, Moccolino no se daba por enterado: o dormía o fingía dormir.

Cuando Golasecca se dio cuenta de que el posadero, tomándole el pelo, se obstinaba en no quererle abrir, ¿qué hizo? Empezó a estirar los brazos y las piernas, y a fuerza de estirarse y alargarse, se volvió de una estatura tan alta y gigantesca que el tejado de la posada le llegaba apenas a media cintura.

Entonces, trabajando con las dos manos, se puso a desmontar el tejado; y las tejas, los ladrillos y las pizarras volaban como hojas llevadas por el viento.

Moccolino, asustado por todo aquel estrépito infernal, sacó la cabeza de entre las sábanas, y fingiendo haberse despertado en ese mismo instante, gritó con voz temblorosa:

—¿Quién me llama?

—Soy yo —respondió Golasecca, inclinándose e introduciendo la cabeza por el boquete que había abierto en el tejado.

Precisamente ese boquete daba a la habitación donde dormía el posadero, quien sintió helársele la sangre cuando, a la débil claridad del velón de noche, vio asomada al techo de su cuarto la amenazadora jeta del terrible jefe de la banda.

—¿Qué queréis de mí, maestro Golasecca? —preguntó Moccolino, que del susto no le quedaba aliento en el cuerpo.

—¿Qué quiero?... Quiero agarrarte por un mechón de pelo y lanzarte a mil millas de aquí.

—¡Por favor, no lo hagáis!... Tened piedad de mí.

—No mereces piedad.

—Tened piedad al menos de mi niño. ¡Pobre Guiduccio! Si se quedara solo en esta casa, se lo comerían los lobos.

—No, no... yo no quiero que me coman los lobos —dijo entre sueños el hijito del posadero, que dormía en la misma habitación que su padre, en una camita aparte.

A las palabras de aquel niño, Golasecca mudó el semblante; y adoptando un tono de voz algo más humano, le dijo al posadero:

—¡Vamos, anda! Salta de la cama y prepárame la cena.

Moccolino obedeció al instante; pero tenía tanto miedo y tal confusión encima que ya no sabía ni cómo ponerse la ropa. Creyó haber agarrado los calcetines, y en cambio se empeñaba en meterse los pies en el gorro de dormir. Advertido el error, se puso los zapatos, y encima de los zapatos los calcetines. Luego se puso la chaqueta, y encima de la chaqueta la camisa, y encima de la camisa la camiseta, hasta que encontrándose los pantalones en la mano y

sin recordar ya para qué servían, los dobló cuidadosamente y los guardó dentro del armario.

Bajó luego a la planta baja y abrió la puerta de la posada.

Golasecca, que había recobrado la estatura de un hombre normal, entró sacudiéndose la ropa que chorreaba; y sentándose ante una mesa ya puesta, le preguntó al posadero:

—¿Qué me das para cenar?

—Todo lo que desee Vuestra Señoría. No tiene más que mandar.

—¿Qué hay de carne?

—Nada de carne.

—¿Y de queso?

—Nada de queso.

—¿Y de pan?

—Nada de pan.

—¿Qué puedo comer entonces? —preguntó el asesino, meneando la cabeza y empezando a perder la paciencia.

—Si Vuestra Señoría desea fruta...

—¿Qué tienes de fruta?

—Cerezas, almendras y melocotones.

—Tráeme un buen plato de melocotones.

—Y a mí, un buen plato de cerezas —dijo una vocecilla que salió de los bolsillos del traje de Golasecca.

—¿Quién es el que me ha pedido las cerezas? —tartamudeó el posadero, todo asustado y asombrado.

—Soy yo —respondió la misma vocecilla de siempre.

—No te preocupes —interrumpió Golasecca, rechinando los dientes—, no te preocupes, Pipeto, que las cerezas te las daré yo...

iy te daré algo más! De todas formas, sal ahora mismo, y ajustemos cuentas.

Diciendo esto, el jefe de la banda desabrochó el bolsillo de su chaqueta, y el monito, sin más ceremonias, saltó a la mesa y se sentó encima de una sopera de porcelana.

X

CÓMO FUE QUE NANNI, EL GATO DE LA POSADA DE LAS MOSCAS, OCUPÓ EL LUGAR DE PIPETO EN EL BOLSILLO DEL ASESINO

Entonces Golasecca, volviéndose hacia Pipeto con un ceño que daba miedo, le preguntó:

—¿Quién ha comido el forro de mi bolsillo?

El monito, como si la cosa no fuera con él, se puso a mirar a un lado y al otro; pero luego, clavando sus ojillos vivos e inquietos en la cara del jefe de la banda, dijo con voz zalamera:

—¿Os contentáis, señor asesino, con que os hable con sinceridad? ¡Yo no he visto en mi vida una barba tan hermosa como la vuestra! ¡Vos tenéis la barba más hermosa del mundo!

—Dejemos la barba y respondamos a propósito: ¿quién ha comido el forro de mi bolsillo?

—Y si fuera solo la barba, ya sería mucho —añadió el monito—. Es que todo el mundo dice que vos sois la mejor persona de este mundo. ¡Un verdadero corazón de oro! ¡La cortesía perfecta disfrazada de bandolero!...

—Dejemos el buen corazón y la cortesía: ¿quién ha comido el forro de mi bolsillo?

—Y si fuerais solo bueno, sería poco o nada: ¡es que además sois guapo! ¿Queréis que os lo diga? He visto a muchos hombres guapos; pero un hombre tan guapo como vos, no lo he visto nunca.

—¡Tendrías que haberme visto hace treinta años! —replicó Golasecca alisándose el bigote y la barba, y esforzándose por aparecer apuesto—. ¡Entonces sí que era guapo de verdad! ¿Eh, Moccolino? Decidlo vos.

—La primera vez que os conocí, erais un sol. ¡Un sol de mediodía! —respondió el posadero.

—¡Hoy sois un sol en el ocaso! —añadió Pipeto—. ¡Pero un ocaso magnífico! ¡Un ocaso que vale más que una aurora!...

—Me doy cuenta, querido monito, de que tienes mucho ingenio y mucho talento; y por eso te tengo simpatía —dijo Golasecca enternecido—. Baja de la sopera y ven a sentarte junto a mí. Cenaremos juntos. ¡Moccolino! Trae enseguida a la mesa un plato de melocotones y un plato de cerezas para mi amigo Pipeto. El amigo Pipeto es un monito sincero y amante de la verdad, y si por casualidad encuentra a un hombre verdaderamente guapo, no tiene ningún miedo en decirle a la cara: ¡Tú eres el hombre más guapo del mundo!

El caso es que comieron los dos con gran apetito; y la cena fue bastante larga.

Al final de la cena, el monito le preguntó al jefe de la banda:

—Si no fuera demasiado indiscreto, ¿podría saber adónde queréis llevarme?

—A casa del Hada de los cabellos turquesa.

—¿Y qué quiere de mí esa buena señora?

—Está enojada.

—¿Y el motivo?

—Porque dice que habías prometido acompañar a su hijo Alfredo en un largo viaje, y que luego faltaste a tu promesa.

—¿A qué distancia está de aquí la casa del Hada?

—A más de mil kilómetros.

—Yo no quiero ir.

—Muy dueño eres de no querer ir —respondió Golasecca poniéndose serio—, pero yo te llevaré por las buenas o por las malas.

—Vos no me llevaréis...

—¿Por qué?

—¡Porque me escaparé!

—¿Que te escaparás? —rugió el asesino bramando como un toro herido—. De todas formas, métete ahora mismo en mi bolsillo, y mañana al alba partiremos.

Diciendo esto, Golasecca agarró al monito con una mano y lo metió a oscuras en el bolsillo, asegurándolo con aquellos tres botones grandes y desproporcionados como tres ruedas de carruaje. Luego se quitó la chaqueta, la echó sobre una silla; y apoyando la cabeza en la pared, le dijo a Moccolino:

—Echaré una cabezadita en este banco, y tú cuida bien de venir a despertarme al alba.

—Dormid tranquilo —respondió el posadero; y cogiendo la vela, volvió a su cuartito de arriba.

Hay que saber ahora que Golasecca tenía un vicio muy feo: el de roncar; y al roncar, hacía con la boca un silbido lastimero y prolongado, como el que hacen los pajarillos cuando ven descender al halcón.

Al oír ese silbido, Nanni, el hermosísimo gato romano de Moccolino, entró de puntillas en la habitación, olfateando aquí y allá, quizá con la esperanza de encontrar algún pajarillo escapado de la jaula.

Pero en lugar del pajarillo, encontró una chaqueta sobre una silla, y notó que del bolsillo de la chaqueta salía un calorcillo y un extraño olor a carne.

—¿Qué animal habrá encerrado aquí dentro? —empezó a decirse—. Un ratoncillo, no desde luego: porque sería demasiado grande. ¿Quizá un trozo de ternera asada? Tampoco, porque este no es olor a carne cocida. ¿Pues entonces?...

Y volvió a olfatear; y después de olfatear y olfatear, aquel olor era para él como un libro escrito en chino: no entendía nada.

Pero mientras estaba allí cavilando y lamiéndose los bigotes, le pareció oír un ruidito muy pequeño. Aguzó enseguida las orejas, y poniéndose a escuchar, oyó dentro del bolsillo un cantecillo muy tenue que hacía:

—¡Quiquiriquí!

—Es un gallito —dijo entonces Nanni maullando de pura alegría—, es un gallito sin duda. El olor a decir verdad no parece de carne gallinácea; pero esos gallos tan listos y tan traidores... Me acuerdo siempre de que una vez en el escenario de un teatro me llevé un gallito guisado con patatas; y al llegar a casa se me había convertido en relleno de estopa y borraja y otras guarrerías.

—¡Quiquiriquí! —se oyó por segunda vez.

—¿Me llamas, eh? —se dijo Nanni para sus adentros—. Ahora voy enseguida a encontrarte; no te preocupes. ¡Hace tantos días que me

toca comer lagartijas y grillos!... ¡Un poco de carne de gallito me pondrá el estómago como nuevo!

Y se puso a trabajar con uñas y dientes para abrir los botones del bolsillo.

En cuanto, sin embargo, hubo abierto uno, vio saltar fuera a un monito muy cortés y ceremoniosa, que le dijo:

—He oído, mi querido gato romano, que deseas comer un poco de carne de gallito; y para hacerte un favor es por lo que te he dejado en el fondo de ese bolsillo medio gallito de primer canto. Si quieres darte ese gusto, entra y buen provecho.

Nanni, sin necesidad de que le repitieran la invitación, entró corriendo en el bolsillo; pero todavía no había acabado de entrar cuando el botón del bolsillo se cerró de golpe encima de él.

—¿Estás dentro? ¡Pues quédate! —dijo Pipeto, frotándose alegremente las patitas delanteras—. Y mientras tú, pobre Nanni, buscas en el bolsillo el gallito de primer canto que nunca ha existido, yo me iré lejos de aquí... ¡y un saludo para todos en casa!

Cuando el monito hubo murmurado entre dientes estas palabras, abrió despacio la puerta de la posada y desapareció entre los árboles frondosísimos del bosque.

Precisamente aquella noche había una niebla tan espesa que no se veía de aquí a allí.

XI

GOLASECCA, DESPUÉS DE HABER QUEDADO CIEGO, VUELVE A ENCONTRAR AL MONITO COLOR DE ROSA

El monito no se habría alejado más de cien pasos de la Posada de las Moscas cuando el posadero Moccolino, saltando de la cama y asomándose a lo alto de la escalera, gritó con toda la voz que tenía en la garganta:

—¡Eh, maestro Golasecca! Si queréis partir, daos prisa, que ya casi amanece.

—Me voy enseguida —replicó el jefe de la banda—, y la cena os la pagaré a mi vuelta.

—¡Ilustrísimo señor mío! ¡Buen viaje, y que el camino se os haga corto!

Golasecca buscó a tientas su chaqueta; y una vez encontrada y puesta, llevó enseguida la mano al bolsillo para asegurarse del monito.

Pero al hacer ese movimiento, lanzó un grito agudísimo de dolor, al sentir que le arrancaban la piel de la mano de un terrible arañazo.

—¡Granuja de un mono! ¿También te diviertes arañándome? ¡Ay de ti como vuelvas a intentar la broma! ¡Juro que te arrancaré todas las uñas, una a una!...

Y diciendo esto, salió de la posada y cerró la puerta detrás de sí.

Después de tres horas de camino, volvió a mirarse la mano, y vio que la mano seguía sangrando. Entonces se puso furioso, y ya que necesitaba desahogarse un poco, le lanzó al bolsillo un solemne puñetazo.

—¡Miaaau! —gritó desde dentro una voz, con maullido lastimero.

—¡Ah, te burlas de mí! ¿Te diviertes imitando al gato?... ¡Toma! ¡Pues ahora te toca esto también!

Y zas, un segundo puñetazo, más fuerte que el primero.

—¡Miaaau... miaaau... miaaau...! —repitió la misma voz con un maullido irritado y rabioso.

—¿Conque no quieres parar? ¿Conque no quieres acabar?

Y ya estaba a punto de asestar el tercer puñetazo, cuando en su lugar se puso a aullar como un perro apaleado, a causa de otro arañazo traicionero que le había desgarrado todo el costado de forma que daba lástima.

Entonces Golasecca, fuera de sí de dolor, perdió la paciencia; y sacando unas tijeras bien afiladas, masculló amenazadoramente entre dientes:

—Ahora, ahora te curo yo la enfermedad de las uñas. De hoy en adelante, monito feo, puedes estar seguro de que no arañarás ni las gachas recién hechas.

Y quitándose la chaqueta y desabrochando los botones del bolsillo, se disponía a meter las manos dentro... cuando de repente salió un gato romano gordo que, arrojándose con las zarpas a los ojos del jefe de la banda, no había manera de que quisiera despegarse. Era Nanni, el gato del posadero Moccolino.

Al fin se despegó y huyó por los campos.

Golasecca, aullando de rabia y de dolor, habría querido perseguirle; pero el desdichado iya no veía! Las fieras zarpas del gato le habían dejado ciego.

Golasecca vagó durante cien días y cien noches por en medio de los bosques, sin encontrar nunca un pastor o un leñador a quien pedirle el camino para volver a casa. Antes, cuando los lobos le veían de lejos, echaban a correr de puro miedo que le tenían; ahora, sabiendo que estaba ciego y sin poder defenderse, le hacían mil burlas y mil diabluras. Antes, los pájaros y las liebres, al acercarse este espantoso cazador, desaparecían como sombras; ahora los mismos gorriones, incluso los gorriones más pequeños, al pasar junto a él le sacudían por diversión las alas en la nariz, y las liebres y los liebrechillos le bailaban entre los pies la polca y la tarantela. ¡Qué valentía tan grande, y qué bravura tan grande, no es verdad, queridos pequeños lectores?... Y sin embargo así es: también entre los niños se encuentran, por desgracia, demasiados de estos gorrioncillos y liebrechillos que se toman mil confianzas desconsideradas con todos aquellos infelices que por razón de edad o de achaques ya no pueden defenderse ni hacerse respetar.

El caso es que una noche, mientras Golasecca bajaba por un sendero entre los árboles altísimos del bosque, buscando a tientas caracoles y babosas para reunir algo de cena, se encontró cerrado el paso por el muro de una casita.

Llamó a la puerta, muy contento.

—¿Quién es? —preguntó una voz desde dentro.

—Soy un pobre ciego, extraviado en el bosque, que busca un poco de cobijo para pasar la noche.

—¡Pobrecito ciego! ¡Pasad, pasad! —repitió aquella voz; y la puerta se abrió.

Os dejo imaginar cómo se quedó nuestro amigo Pipeto cuando advirtió que había acogido en su casa a su terrible perseguidor.

XII

PIPETO ES PROCLAMADO EMPERADOR

¿Cómo había ido a parar Pipeto a aquella casita solitaria entre los bosques? ¿Qué había sido de él tras su famosa huida de la Posada de las Moscas?

Para responder a estas preguntas hay que dar un paso atrás.

Hay que saber, pues, que el monito, nada más encerrar a traición al pobre Nanni en el bolsillo de Golasecca, echó a correr entre los árboles del bosque sin preocuparse de adónde iba a parar. El deseo acutísimo que le acuciaba era el de encontrar el camino que debía llevarle a casa; pero en cambio corría como un loco de acá para allá, adonde las piernas y el miedo le llevaban. A cada soplo de viento y a cada susurro de hojas, le parecía tener siempre a los talones al terrible jefe de la banda, con el gato en el bolsillo. Por fin, al rayar el día, se topó con una tribu entera de monos que aullaban, chillaban y se pegaban entre sí. Al preguntar la causa de aquel alboroto, vino a enterarse de que la tribu se había reunido para elegir a su propio emperador.

Entonces Pipeto, metiéndose en medio de la multitud, indicó que quería hablar.

Se hizo enseguida un gran silencio; y Pipeto comenzó a decir así:

—¡Queridísimos hermanos! Oigo que queréis elegir un jefe, y que a ese jefe queréis darle el título de emperador. Hasta aquí, nada que objetar: porque ya se sabe que sobre gustos no hay nada escrito, como decía aquel filósofo al que le daba placer que le pisaran los pies. Pero hasta ahora, entre todos los aquí presentes, no veo más

que uno que sea verdaderamente digno de ser nombrado emperador...

—¿Quién sería ese tal? Pronuncia su nombre ahora mismo — gritaron mil voces.

Pipeto bajó los ojos y no respondió nada.

—¿Quién sería ese tal? —repetieron las mismas voces gritando con más fuerza—. ¡Queremos saber el nombre!... ¡El nombre!... ¡El nombre!...

—¿Queréis saberlo de verdad? —dijo entonces Pipeto—. Me pesa tener que confesarlo en público: ¡pero el único que es digno de ser elegido emperador soy yo!

—¡Viva Pipeto! ¡Viva nuestro emperador! ¡Viva el emperador de todos los monos!... —gritó aquella inmensa multitud, entusiasmándose y aplaudiendo.

Se trajo enseguida al centro de la plazoleta una vieja silla de enea que, vista de espaldas, se parecía mucho a un trono imperial; y Pipeto se sentó en ella con empaque y majestad.

Entretanto una numerosa fanfarria musical compuesta de cien platillos y cien cuernos de buey comenzó a tocar el himno de la coronación.

Cuatro monos vestidos de pajes presentaron al nuevo emperador una hermosa bandeja tejida de juncos, sobre la cual se veía la corona y el cetro imperial.

La corona estaba hecha de acerolas ensartadas en un arillo de hierro; y el cetro era una caña de azúcar confitada.

Pipeto tomó la corona de la bandeja, y después de haberla olfateado con mucha dignidad, se la puso en la cabeza. Luego agarró el cetro, y no pudiendo resistir a la tentación, empezó a chuparlo y a masticarlo; pero, por fortuna, un mono que estaba allí al lado y hacía de maestro de ceremonias le dio un codazo para advertirle de lo inconveniente del gesto. Entonces el nuevo

emperador dejó de chupar de inmediato; y para remediar el escándalo dado, tuvo a bien pasarse un cuarto de hora lamiéndose los dedos.

En ese momento avanzaron dieciséis monacos que llevaban sobre los hombros una magnífica litera adornada de hojas, flores y hermosísimas frutas.

El mono que hacía las veces de gran maestro de ceremonias, después de hacer dos profundas reverencias, le dijo respetuosamente al nuevo emperador:

—Majestad, ¡vamos, ánimo! Ahora os toca a vos.

—¿A mí me toca? ¿Y qué debo hacer?

—Por las buenas o por las malas, dignaos subir a esa litera.

—¿Y una vez que haya subido, adónde me llevaréis?

—Al palacio imperial, que es vuestra residencia y vuestro lecho.

Pipeto, a estas palabras, hizo cierta mueca que, traducida al lenguaje hablado, parecía querer decir: «A decir verdad, yo dormiría con más gusto sobre una rama de árbol, como he hecho hasta ahora, que sobre un lecho imperial.» Tanto es así que, volviéndose al gran maestro de ceremonias, le preguntó con tono agrídulce:

—Perdonad, amigo: yo soy vuestro emperador, ¿no es verdad?

—Muy cierto.

—¿Y qué quiere decir emperador?

—Quiere decir que sois un mono que manda a todos los demás monos, y que todo vuestro gesto y deseo debe ser obedecido de inmediato.

—Siendo así, declaro francamente que, en lugar de ir en litera, prefiero caminar a pie.

—Lo siento, Majestad: pero eso no podéis hacerlo.

—¿Por qué no puedo?

—Porque un emperador que camina a pie ya no es un emperador. Caminando a pie, se convierte en un mono como todos los demás monos.

—Y sin embargo habéis dicho que todo mi deseo debe ser satisfecho.

—Muy cierto. Recordad, sin embargo, Majestad, que la más bella prerrogativa que tienen los gobernantes es la de no poder hacer nada a su manera.

—Lo entiendo y os lo agradezco —dijo Pipeto. Y dando un salto, fue a sentarse en la litera.

La fanfarria entonces comenzó a tocar al aire libre, y el inmenso cortejo se puso en marcha con gran orden y solemnísima pompa.

Al llegar al palacio, el emperador se sentó enseguida a una mesa ya puesta en el gran salón comedor. El pobre Pipeto, aunque se había convertido en emperador, tenía un apetito que se parecía mucho al hambre, como un hermano puede parecerse a una hermana; pero no consiguió calmar el gruñido de su estómago, porque las fuentes llenas de toda clase de manjares, nada más traerlas a la mesa, eran vaciadas y desguazadas al momento por los comensales que le hacían de corte.

Acabó el banquete; y el monito tenía más hambre que antes.

—¡Paciencia! —se dijo para sus adentros—. Ahora me iré a la cama, y durmiendo me olvidaré de que no he comido.

Dicho y hecho, entró en la cámara imperial; y al poco rato roncaba como un lirón.

Entonces, en lo más dulce del sueño, se encontró despertado por una sinfonía endiablada de platillos y cuernos y por miles y miles de voces que gritaban:

—¡Viva el emperador! ¡Que salga el emperador!

—Majestad —dijo el gran maestro de ceremonias entrando en la habitación—, levantaos y asomáos al balcón. Vuestros súbditos

quieren veros.

—¡Qué lástima! —refunfuñó Pipeto, frotándose los ojos—. ¡Dormía tan bien!

Y bostezando y tambaleándose se asomó al balcón.

—¡Viva nuestro emperador! —gritó de nuevo aquella inmensa multitud de monos reunidos bajo las ventanas del palacio.

—Gracias, amigos —respondió Pipeto, meneando la cabeza en señal de saludo—. Oigo que tenéis una hermosísima voz, y me alegro mucho por vosotros. Y no teniendo nada más que deciros, buenas noches y hasta mañana.

A estas palabras, la multitud se disolvió tranquilamente, y Pipeto volvió a acurrucarse en su lecho imperial.

Pero mientras estaba a punto de retomar el sueño, nueva sinfonía de cuernos, platillos y gritos del pueblo.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó levantando la cabeza.

—Majestad —respondió el gran maestro de ceremonias entrando en la habitación—, vuestros súbditos desean veros una vez más. Dignaos asomáos al balcón.

—Ahora mismo —dijo Pipeto—. Rogad mientras tanto a mis amigos que me concedan un minuto, el tiempo justo de lavarme la cara.

Pasó un minuto, pasaron dos, cinco, veinte, y el emperador no asomaba.

Fueron entonces a buscarlo en la habitación, y ya no estaba. El emperador había desaparecido.

XIII

PIPETO RECIBE UNA LECCIÓN DEL CONEJO

¿Qué había sido del emperador Pipeto?

Nadie le había visto; nadie sabía dar razón de él. ¿Habría huido por alguna ventana? Imposible: porque las ventanas, revisadas una por una, se encontraron todas cerradas por dentro. ¿Entonces?...

El caso es que le buscaron por todas partes. Le buscaron en el armario de la habitación, en la despensa del salón comedor, en los cuartos del guardarropa, en los vanos bajo la escalera, en todos los trasteros e incluso en las bodegas del palacio: inútilmente. Por fin, busca por aquí, mira por allá, a alguien se le ocurrió echar un vistazo bajo el lecho imperial. ¿Queréis creerlo? Pues sí, señores: el emperador estaba precisamente escondido bajo la cama, y dormía a pierna suelta. ¡Qué escándalo! ¡Qué horror!...

—¡Señor! ¿Qué hacéis ahí? —le preguntó el gran maestro de ceremonias, cogiéndole respetuosamente por una oreja.

—¡Duermo! —respondió Pipeto, bostezando y estirándose.

—¡Despertáos y ponéos en pie de inmediato! ¿No os avergonzáis?

—A decir verdad, cuando tengo sueño de verdad nunca me he avergonzado de dormir.

—¿Pero por qué dormirse en ese lugar? ¿Dónde está, oh Señor, vuestra dignidad imperial?

—Quizá me la haya olvidado bajo la cama —respondió Pipeto con toda ingenuidad, él que no sabía qué era esa tan cacareada dignidad.

Luego, llamando aparte al gran maestro de ceremonias, le susurró al oído:

—¿Queréis, amigo, que os hable con franqueza? Hasta ahora había creído que hacer de emperador era el mejor oficio de este mundo; pero hoy me doy cuenta, por desgracia, de que me había equivocado. ¡Oh, dichosos los monitos que se conforman con seguir siendo monitos sencillos y modestos toda la vida! Al menos podrán darse el gusto de comer cuando tienen hambre, de dormir cuando tienen sueño, y en lo más dulce del sueño nadie vendrá nunca a despertarles para obligarles a dar las gracias desde el balcón a una multitud de ociosos que no tienen ganas de irse a la cama.

Mientras Pipeto hacía esta confidencia íntima al gran maestro de ceremonias, el cielo se había puesto negro como el hollín de una chimenea, y el agua caía a cántaros.

Entonces se oyó bajo las ventanas del palacio imperial un estruendo de fanfarrias y un barullo de voces y chillidos de monos que gritaban:

—¡Queremos el sol! ¡Queremos buen tiempo!... ¡Si no, abajo el emperador!...

—Amigos míos —dijo Pipeto asomándose al balcón y hablando a la multitud de monos reunidos en la plaza—. Amigos míos, ¿cómo queréis que os dé el sol y el buen tiempo mientras dure este aguacero que parece un diluvio?

—¡No, no! ¡Queremos el sol a toda costa, y lo queremos ahora mismo!

—¡Confiad en mí! —añadió Pipeto—. En cuanto cese la lluvia y el tiempo mejore, os prometo que os daré el sol y el buen tiempo.

Pocas horas después, como por arte de magia, la lluvia cesó y salió un hermosísimo sol.

Pero cuando los monos se dieron cuenta de que el sol picaba demasiado, convocaron las fanfarrias; y acudiendo ante el palacio del emperador, se pusieron a gritar:

—¡Queremos agua! ¡Queremos lluvia!

Pipeto, harto de esta historia, había jurado no asomarse; pero luego, al oír que los gritos arreciaban cada vez más, sacó la cabeza y dijo:

—¿Queréis de verdad la lluvia?

—¡Sí, sí! ¡Queremos la lluvia, si no, abajo el emperador!

—Esperadme entonces ahí, y en un minuto os mandaré la lluvia que deseáis.

A estas palabras siguió un gran aplauso y el sonido de la marcha imperial.

Dicho y hecho, a los pocos minutos, Pipeto se asomó de nuevo al balcón gritando:

—¡Aquí tenéis la lluvia; y quien quiera más, que vaya a buscarla a la fuente! —Y al decir esto, volcó sobre la cabeza de los manifestantes una gran palangana llena de agua.

Es imposible imaginarse el tumulto que se armó. El palacio fue invadido y tomado por asalto. Se buscó al emperador por todas las habitaciones, pero no se consiguió encontrarle. ¿Qué quedaba por hacer? Al no encontrar al emperador, la multitud tuvo que conformarse con aporrear al gran maestro de ceremonias. ¡Y siempre igual! ¡En las cosas de este mundo siempre paga justos por pecadores!

Entretanto Pipeto, escapado a escondidas por una puertecilla secreta que quedaba detrás del palacio, se había puesto a correr por los senderos del bosque como si tuviera alas en los pies. Y después de correr dos días enteros, encontró entre los árboles una casita sin ventanas.

En la puerta de la casita había sentado un hermoso conejo de pelaje turquesa (como los cabellos del Hada), el cual, al ver a Pipeto, se levantó y le saludó cortésmente, llevándose la pata derecha a la altura de la cabeza, a modo de saludo militar.

—¿Qué haces aquí, hermosísimo conejo? —le preguntó el monito.

—Estaba precisamente esperando a Vuestra Señoría.

—¿Y quién es esa Vuestra Señoría?

—Usted mismo.

—¡Soy yo! ¡Ah, entiendo, entiendo! Perdóname, amigo; porque los pobres como yo, cuando les dan de Vuestra Señoría, siempre creen que hablan de otro. ¿No tendrías por casualidad algo que ofrecerme de comer y de dormir?

—Dígnese entrar, y encontrará lo uno y lo otro.

Pipeto, como es fácil imaginarse, aceptó de muy buena gana la invitación; y nada más poner el pie en el umbral, vio en la habitación de la planta baja una mesa puesta y un colchoncito relleno de plumas de pájaro, extendido en el suelo.

Sin más ceremonias, se sentó enseguida a la mesa, y después de devorar en un abrir y cerrar de ojos un plato entero de nísperos e higos verdes, empezó a decir suspirando:

—¡He sufrido tanto, amigo mío! Mi vida es toda una ilíada...

—¿Qué quiere decir ilíada?

—Ni yo lo sé tampoco y no me importa saberlo. Soy como ciertos niños, hijos de hombres: repito al azar lo que oigo decir, y no me preocupo de más.

—No me parece bien hecho.

—¡Paciencia! ¡Procuraré corregirme! ¡Si conocieras todas mis desgracias!...

—Las conozco.

—¿Cómo puedes conocerlas? —preguntó el monito maravillado.

—Las he leído en el Periódico de los Niños. Disculpe mi curiosidad, señor Pipeto: pero ¿usted no le había prometido al señorito Alfredo que le acompañaría en un gran viaje alrededor del mundo?

—Me explico: se lo había prometido... y no se lo había prometido...

—¿Cómo es eso?

—Me explicaré más claro. Debes saber que me dejé tentar a hacer esa promesa... ¿sabes por quién? Por la gula.

—¿Es decir?

—El señor Alfredo, para seducirme, mandó traer a la mesa unas frutas tan hermosas y tan sabrosas, que yo, ante esa vista...

—Entiendo, entiendo —dijo el conejo riendo—. Hizo usted más o menos lo que hacen ciertos niños, hijos de hombres, los cuales, con tal de obtener de sus padres y madres alguna golosina o algún juguete, prometen ser buenos, estudiar y hacerse un honor en la escuela... ¿y luego? Y luego, en cuanto consiguen lo que querían, olvidan enseguida las bonitas promesas hechas, y como si no. ¿No es así?

—Me temo, querido amigo, que lo has adivinado.

—¿Quiere saber, señor Pipeto, lo que decía mi abuelo? Mi abuelo decía siempre que «cuando se promete una cosa, hay que cumplirla; y que los que faltan a las promesas hechas no merecen ser respetados por los demás ni asistidos por la fortuna». ¿Ha entendido? Adiós, señor Pipeto.

Y el conejo, tras estas palabras, salió disparado como un rayo.

XIV

PIPETO ENCUENTRA POR FIN A ALFREDO Y PARTE CON ÉL

Entretanto el monito se convencía cada día más de que aquella casita había sido hecha a propósito para él; y de seguro habría quedado en ella para el resto de su vida, si una tarde, como ya sabéis, movido a compasión de un ciego que pedía por caridad un poco de cobijo, no hubiera abierto la puerta a su terrible perseguidor.

—¿Podría saber —dijo Golasecca, apoyando la espalda en la puerta que había cerrado detrás de sí— quién es ese piadoso bienhechor que se ha dignado acogerme?

—Ese bienhechor soy yo —respondió Pipeto, alterando un poco la voz para no ser reconocido.

—¿Y cómo os llamáis vos?

—Me llamo... ¡yo!

—¡Esa voz la reconozco! —masculló el ciego entre dientes; y luego añadió:

—Decidme, mi querido bienhechor, ¿habéis visto por estos alrededores a un monito color de rosa?

—De monitos he visto muchos; pero no eran color de rosa: eran todos de un color verde y amarillo, como la tortilla con espinacas.

—¡Es su voz!... ¡Es él sin duda! —se dijo para sí—. ¿Entre esos monitos habéis conocido por casualidad a alguno que se llamara

Pipeto?

—¡No!... o más bien, sí... Creo haber conocido a uno. Pero ese Pipeto era un tunante redomado... un verdadero azote.

—¡Ya lo creo! Figuraos que yo le había colmado de atenciones y hasta le había tenido a cenar conmigo, en mi mesa... ¿y sabéis cómo me recompensó? Me recompensó saltándome a los ojos a traición y dejándome ciego, ¡como si fuera un jilguero!

—Eso sí que no me lo creo.

—¿No lo creéis?

—No. Pipeto era un tunante; pero no tenía el corazón tan malo como para cometer semejante villanía.

—Y sin embargo fue él quien me dejó ciego.

—No, no, no.

—Sí, sí, sí.

—Creedme, Golasecca, quien os dejó ciego no fui yo: habrá sido Nanni, el gato de Moccolino.

—¡Ah! ¡Por fin te has delatado!... —rugió el jefe de la banda, con un gruñido de feroz alegría.

Pipeto se arrepintió enseguida de su imprudencia; pero ya era tarde.

—¡Estoy perdido! —dijo mirando a su alrededor en busca de una ventana por la que escapar. ¡Aquella maldita casita no tenía ventanas!

Entre tanto Golasecca, tanteando de acá para allá con las manos, logró atrapar al monito; y una vez que lo tuvo agarrado, le ató con una cadenita de hierro y se lo puso a caballito sobre los hombros.

Luego salió de la casa y tomó el primer caminito que se le puso delante a los pies.

—¿Me lleváis a morir? —preguntó el pobre Pipeto con un hilo de voz que apenas se oía.

—Pronto lo sabrás. De todas formas, tú que tienes buenos ojos me harás de guía por el camino.

—¿Adónde queréis ir?

—Adonde me lleven los pies.

Caminando de día y de noche, hicieron un larguísimo trayecto sin detenerse nunca; hasta que una hermosa mañana se encontraron en una gran ciudad a orillas del mar, en cuyo puerto bullían ciento y ciento de barcos de vapor.

Golasecca, sentado en un banco a lo largo de la playa, comenzó a registrarse todos los bolsillos del traje; pero no encontrando en ellos ni un céntimo para comprarse un mendrugo de pan, se volvió hacia Pipeto, que estaba medio muerto de hambre y de cansancio, y le preguntó con tono despechoso:

—Dime, monito feo, ¿has sabido hacer algo de provecho en tu vida?

—¿Es decir?

—Es decir, ¿sabes cantar alguna cancioncilla? ¿Sabes tocar algún instrumento? ¿Sabes hacer saltos y cabriolas? ¿Sabes comerte la estopa encendida?

—La estopa encendida —respondió Pipeto— os la dejo a vos. Yo, en cambio, sé bailar muy bien la polca y sé imitar con la boca el sonido de la trompeta y el violín.

—Con eso me basta —dijo Golasecca; y sin perder tiempo, con aquella su vozarrón que parecía un cañonazo, se puso a gritar en el paseo público:

—¡Pasen, pasen, señores! ¡Verán al célebre Monito color de rosa, que tuvo el honor de bailar ante todos los gobernantes, así como también, viceversa, de las principales Cortes del genuino (quería decir gemelo) hemisferio! ¡Mi monito baila, canta, toca y hace mil

tonterías más, como podría hacerlas un hombre o cualquier otra bestia razonable! ¡Pasen, pasen, señores! El precio es pequeño y el entretenimiento es grande.

Tras esta acalorada arenga, comenzó el espectáculo ante un público numerosísimo y, como suele decirse, muy selecto e inteligente. Nuestro amigo Pipeto no solo gustó, sino que hizo furor: tanto es así que los espectadores, de tanto gritar y vocear bravo, se habían quedado roncós y sin voz.

Terminado el espectáculo y dispersada la gente que se agolpaba alrededor, Golasecca sintió que le tocaban en un brazo; y volviéndose con arrogancia, se encontró ante un apuesto mozalbete, vestido de viajero, que le preguntó con gentiles maneras:

—¿Es vuestro ese monito?

—¡Es mío!... ¡por desgracia es mío!

—¿Queréis vendérmelo?

—¡Cómo no! ¡Con todo el corazón!

—¿Cuánto pedís por él?

—Mil liras; y si os parece un precio caprichoso, estoy aquí para arreglarnos.

—Aquí tenéis mil liras, y el monito es mío.

Cuando el mozalbete hubo pagado, se volvió hacia el monito y le dijo:

—¿Ya no me reconoces?

—¡Cómo no os voy a reconocer, mi querido señor Alfredo!... Os reconozco, y os sigo teniendo mucho cariño.

Y el pobre Pipeto, de la gran alegría que sentía en el corazón, se puso a llorar como un niño.

Esa misma tarde, el joven Alfredo y el monito (revestido de los pies a la cabeza, por supuesto, como un buen señor) partieron

juntos, a bordo de un barco de la Sociedad Rubattino, en un largo viaje de instrucción.

Y en cuanto a mí, os confieso la verdad: no me sorprendería nada que un día u otro viera anunciado un relato con este título: *El viaje alrededor de Italia contado por el Monito color de rosa*. En los anales de la imprenta, no sería este el primer caso de algún mono que tiene la desfachatez de hacer gemir las prensas, y llegado el momento, también a los pobres impresores.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB